

X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 2005.

Reflexiones en torno a la dirigencia durante los años 60.

Alicia F. Garro.

Cita:

Alicia F. Garro (2005). *Reflexiones en torno a la dirigencia durante los años 60*. X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-006/270>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/e8OH/b6f>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Xº JORNADAS INTERESCUELAS/DEPARTAMENTOS DE HISTORIA

Rosario, 20 al 23 de septiembre de 2005

Título: **Reflexiones en torno a la dirigencia durante los años 60**

Cultura y política en Argentina 1966-1976

Pertenencia institucional: **Universidad de Buenos Aires - Facultad de Ciencias Económicas. Departamento de Humanidades.**

Autora: **Garro, Alicia F. 26 - Profesora Adjunta Regular**

Uspallata 800 - 1º "3" - Capital Federal (1268)

E-mail: faustgarro@yahoo.com.ar

Los años 60 como se los denomina, constituyen sin duda un período desafiante de nuestra historia reciente y también una asignatura para la investigación, en muchos de sus aspectos.

Campo cruzado por el trabajo de diversos científicos sociales pertenecientes a disciplinas como la filosofía, las letras, el periodismo, los historiadores son lo que menos se han acercado al período quizá por aquello de lo difícil que es encarar la historia reciente.

Lo cierto es que muchos de mis colegas historiadores y yo misma fuimos adolescentes en los 60, curiosos ante la diversidad de la oferta cultural, caminantes sin descanso de la calle Florida de la que recuerdo sus emblemáticos lugares, el Instituto de Teatro que dirigía Marcelo Lavalle, la Galería de fotografía Witcomb, las viejas Galerías Pacífico y finalmente el Instituto Torcuato Di Tella fundado en 1958 y en el que se constituyó un interesante escenario privilegiado para la discusión de la reconfiguración de las relaciones entre la sociedad y los intelectuales en la Argentina de los 60.

También mi recuerdo para aquellos científicos sociales destacados que se han convertido, por su trayectoria en maestros de más de una generación y, que en los sesenta fueron profesionales noveles y que inculcaron el compromiso y la curiosidad científica, convirtiéndose hoy en valiosos testigos de ese pasado reciente.

Fue una época rica en la que modelo y contexto interactuaron por acción de aquellos entonces nuevos intelectuales que utilizaron como ámbitos de discusión los tradicionales como la universidad, las Organizaciones científicas, pero que difundieron los saberes renovados en nuevos ámbitos como el armado de charlas y exposiciones en sindicatos, exposiciones de arte de nuevos artistas que tomaban temas populares que constituyeron centros de "pop art" de puertas abiertas a todos.

La tensión entre el modelo cambiante y las ideologías se manifestó en una época en que la discusión de los procesos socio-económicos no reconoció barreras sociales, época en la que se decodificaron al menos en general ciertos términos, identificando a las corrientes que denominaban: vanguardias, en todos aspectos - saber para estar adelante -; compromiso la obra debía concluirse no terminaba al menos en la enunciación de la demanda, burocracias la nueva élite estatal y podría continuar.

Hay un tema que sí me parece vinculante, cual es el de la libertad, una libertad que aparecía nueva, que prohibía limitar a través del compromiso, que invitaba a elegir para participar, una libertad que en su esencia construía un nuevo imaginario sobre el futuro.

Sartre se convirtió en uno de los intelectuales guía en esta aventura libertaria, su obra "Qué es la literatura", fue lectura obligatoria en la universidad y tema de las tertulias, talleres literarios. De este universo de autores quiero al menos recordar uno por el que personalmente y creo que más de un colega sintió especial atracción fue Franz Fanon y su Obra "Los Condenados de la Tierra", en la que se transmitía con suma belleza y rigor el ambiente de las colonias durante la Guerra Fría, hasta entonces muy relegado a la información periodística.

Iniciaré a continuación un breve análisis de dos temas del contexto de los años 60 que me parecen que conforman la realidad con la que los dirigentes intelectuales convivieron. Un tema lo constituyen los denominados movimientos antisistémicos y el otro la radicalización de los sectores medios no es que sólo existieran estos temas en la agenda de los científicos sociales, lo que sí es cierto que los mismos eran ámbitos de participación y de incorporación social. La

militancia con toda su carga de pensamiento y acción se mostró también en esa realidad.

Finalmente iniciaré, lo que seguramente continuará enriqueciéndose con nuevas lecturas, acerca del nuevo intelectual de los 60, aquellos que constituyeron la nueva dirigencia, en la que según se vislumbró convergieron pensamiento y acción unidos en una frase que también identifica al período internacionalización del conocimiento e integración social.

Los movimientos antisistémicos

El período posterior a la II Guerra Mundial fue un período de gran éxito para los movimientos antisistémicos históricos. La socialdemocracia se instaló firmemente en el mundo occidental. El hecho decisivo fue que el programa básico de los socialdemócratas, el Estado del bienestar, fue aceptado incluso por los partidos conservadores, aunque sin duda a regañadientes, y no tanto el que estos partidos socialdemócratas llegaran a considerarse como uno de los grupos alternativos que podían gobernar legítimamente. Después de todo, incluso Richard Nixon dijo: “Hoy todos somos keynesianos”. Los partidos comunistas llegaron al poder en un buen número de Estados. El período pos-1945 fue testigo de un largo proceso de descolonización, jalonado por algunos casos dramáticos y políticamente importantes de lucha armada, como Vietnam, Argelia y Nicaragua.

Sin embargo, en la década de 1960, y todavía más en la de 1970, comenzó a producirse una “ruptura con el pasado” con el surgimiento de un nuevo tipo de movimiento antisistémico (o movimientos dentro de los movimientos) en áreas regionales del sistema mundial tan diversas como Norteamérica, Japón, Europa, China y México. El movimiento estudiantil, el movimiento negro y el movimiento contra la guerra en Estados Unidos; el movimiento estudiantil y el movimiento obrero en Europa; la Revolución Cultural china y los movimientos de las mujeres con los años setenta no tuvieron idénticas raíces ni siquiera efectos comunes. Cada uno de ellos se hallaba inserto en procesos políticos y económicos conformados por historias particulares y diferentes; las áreas en las que surgieron y se desarrollaron ocupaban posiciones diversas en el sistema mundial. No

obstante, según criterios históricos mundiales, ocurrieron en el mismo período y, además, compartieron ciertos temas ideológicos que los separan de modo evidente de las anteriores variedades de movimientos antisistémicos.

Su emergencia casi simultánea puede remitirse, en gran medida, al hecho de que los movimientos de finales de los años sesenta fueron precipitados por un catalizador común: la escalada de la guerra antiimperialista, en Vietnam. Esta escalada supuso una amenaza inmediata para los modos de vida establecidos, y para las vidas mismas, no sólo de los vietnamitas, sino también de los jóvenes americanos; y amenazó claramente la seguridad del pueblo chino. En cuanto a los jóvenes y trabajadores europeos, aunque esta guerra no implicaba ninguna amenaza inmediata para sus vidas y su seguridad, los efectos indirectos de la escalada (crisis monetaria mundial, intensificación de la competencia en los mercados, etcétera) y la fuerza de tracción ideológica de los movimientos de los Estados Unidos, de la Revolución Cultural china y de la lucha del pueblo vietnamita pronto proporcionaron suficientes razones y racionalizaciones para la rebelión.

Considerados en su conjunto todos estos movimientos y su epicentro vietnamita, fueron importantes, ya que hicieron patente una asimetría en el poder de las fuerzas sistémicas y antisistémicas a escala mundial. La asimetría se ejemplificó de modo espectacular en los mismísimos campos de batalla. Siguiendo el precedente de la guerra china de liberación nacional, los vietnamitas mostraron cómo un movimiento de liberación nacional podía, trasladando la confrontación con ejércitos convencionales a escenarios no convencionales (como en la guerra de guerrillas), minar y finalmente desintegrar la posición social, política y militar de ingentes fuerzas imperiales. Desde este punto de vista, los restantes movimientos (en particular el movimiento contra la guerra estadounidense) eran un componente esencial de esta relación asimétrica: en diferentes grados y de diferentes modos, mostraron cómo el desplazamiento de la confrontación entre fuerzas sistémicas y antisistémicas a escenarios no convencionales, reforzaba a estas últimas y obstaculizaba/paralizaba a las primeras.

El resultado y las implicaciones del desarrollo desigual y combinado de los movimientos antisistémicos de los años sesenta y setenta deben evaluarse desde diferentes perspectivas. Localmente, la guerra de Vietnam tuvo una consecuencia muy “convencional”: la llegada al poder estatal de un movimiento antisistémico “clásico” y el reforzamiento posterior de la estructura burocrática de este Estado. Evaluando desde este ángulo, desde un punto de vista nacional, el resultado del movimiento de liberación nacional vietnamita no difirió significativamente de los anteriores tipos de movimientos antisistémicos (nacionales y sociales). Globalmente, sin embargo, la guerra de Vietnam constituyó un punto de inflexión al revelar los límites de las acciones militares para coaccionar a la periferia dentro del orden jerárquico mundial.

Estos límites, y su reconocimiento, no fueron el resultado tan sólo de la confrontación en los campos de batalla, sino también, y posiblemente en mayor grado, de los movimientos desencadenados en innumerables puntos del sistema mundial. La naturaleza de estos otros movimientos marcó de modo decisivo un alejamiento de, y una contraposición a, las anteriores pautas de acción de los movimientos antisistémicos. En grados diversos, la Revolución Cultural china, el movimiento estudiantil en el mundo occidental, en Japón y en México y el movimiento “autónomo” de los trabajadores en Europa asumieron, como uno de sus temas, los límites y los peligros del establecimiento y consolidación de estructuras burocráticas por los propios movimientos; y esto era algo nuevo.

La Revolución Cultural china se dirigió en gran medida contra el poder burocrático del Partido Comunista y, cualesquiera que hayan sido sus errores desde otros puntos de vista, su principal logro fue precisamente haber impedido, o al menos ralentizado, la consolidación del poder burocrático del partido en China. Los movimientos estudiantil y juvenil, que florecieron en los contextos más diversos, se dirigieron generalmente no sólo contra los diversos poderes burocráticos que intentaban domeñarlos y reprimirlos (Estados, universidades, partidos), sino también contra todos los intentos de canalizarlos hacia la formación de nuevas generaciones burocráticas y hacia el reforzamiento de las viejas. Aunque los nuevos movimientos de trabajadores acabaron generalmente

reforzando las organizaciones burocráticas (básicamente a los sindicatos), los protagonistas de estos “nuevos” movimientos mostraron, sin embargo, una toma de conciencia sin precedentes del hecho de que las organizaciones burocráticas, como los sindicatos, se limitaban a perseguir sus propios intereses, que podían diferir en aspectos importantes de los de los trabajadores que afirmaban representar. Esto significaba, concretamente, que la actitud instrumental de los sindicatos y de los partidos frente al movimiento se hallaba compensada y contrarrestada por una actitud instrumental del movimiento frente a los mismos.

La dinámica antiburocrática de los movimientos de los años sesenta y principios de los setenta puede remitirse a tres tendencias principales: la tremenda amplitud y profundidad del poder de las organizaciones burocráticas como resultado de anterior ola de movimientos antisistémicos; la declinante capacidad de tales organizaciones para satisfacer las expectativas que habían fundado su emergencia y expansión y la creciente eficacia de las formas de acción directa, es decir, de las formas no mediadas por esas organizaciones burocráticas. Sobre las dos primeras tendencias, no es preciso añadir nada más a lo ya dicho sobre los éxitos y límites de los movimientos antisistémicos precedentes, excepto que la reactivación de la competencia a través del mercado bajo la hegemonía estadounidense después de la II Guerra Mundial, ha endurecido las constricciones de la economía-mundo en la que operan los Estados.

En cuanto a la creciente eficacia de las formas de acción directa, es decir, de las formas no mediadas por estas organizaciones burocráticas. Sobre las dos primeras tendencias, no es preciso añadir nada más a lo ya dicho sobre los éxitos y límites de los movimientos antisistémicos precedentes, excepto que la reactivación de la competencia a través del mercado bajo la hegemonía estadounidense después de la II Guerra Mundial, ha endurecido las constricciones de la economía-mundo en la que operan los Estados.

En cuanto a la creciente eficacia de las formas de acción directa, la tendencia se refiere principalmente al movimiento obrero y se hallaba enraizada en el impacto conjunto de dos tendencias claves de la economía-mundo capitalista: la tendencia hacia una creciente incorporación al mercado laboral de la

fuerza de trabajo y la tendencia hacia una división del trabajo y una mecanización crecientes. En la etapa anterior, los movimientos obreros se apoyaron en organizaciones burocráticas permanentes que pretendían tomar el poder del Estado por dos razones principales. La primera es que, en un principio, estos movimientos obreros fueron en gran medida expresión de trabajadores artesanales y de oficio que habían sido o estaban a punto de ser proletarizados, pero cuyo poder de negociación frente a los empresarios todavía dependía de sus destrezas artesanales. Como consecuencia de ello, estos trabajadores tenían un interés predominante en restringir la oferta y la expansión de la demanda de sus competencias laborales. Esto, a su vez, requería organizaciones sindicales orientadas a la preservación de las funciones laboral-artesanales en el proceso de trabajo, por un lado, y al control de la adquisición de las mencionadas destrezas artesanales, por otro. Como todas las organizaciones que intentas reproducir “artificialmente” (es decir, oponiéndose a las tendencias históricas) una escasez que proporciona cuasirentas monopólicas, el éxito de esos sindicatos orientados hacia el trabajo de carácter artesanal dependió, en último término, de la capacidad de utilizar el poder del Estado para restringir el aprovechamiento por parte de los empresarios del funcionamiento del mercado. Estas restricciones artificiales (es decir, contra el mercado) fueron dobles: normas estatales sobre las condiciones y retribuciones de los trabajadores y legitimación estatal de la sindicalización y la negociación colectiva.

La segunda razón, más importante, que explica por qué los movimientos obreros se apoyaron en un primer momento en organizaciones burocráticas permanentes que pretendían tomar el poder del Estado se hallaba relacionada con la cuestión de las alianzas y de la hegemonía. En la mayoría de los escenarios nacionales, la lucha entre el trabajo y el capital tuvo lugar en un contexto caracterizado por la existencia de amplios estratos de campesinos y de clases medias que podían movilizarse, políticamente, para sostener políticas estatales antiobreras y, económicamente, para incrementar la competencia entre las filas de los trabajadores. En estas circunstancias, el movimiento obrero tan sólo podía obtener victorias a largo plazo neutralizando o venciendo a las relativamente

importantes fracciones contiguas de estos estratos. Y ello no podía lograrse mediante la acción directa y espontánea que, con frecuencia, tuvo por resultado alejar a los estratos en cuestión. Por el contrario, requería una plataforma política que apelase a los campesinos y a los estratos medios y una organización que elaborara e hiciera propaganda de esa plataforma.

Durante la década de 1960 se habían producido cambios radicales desde ambos puntos de vista, tanto en las regiones del centro de la economía-mundo capitalista como en muchos de los países semiperiféricos. Los grandes avances producidos en la división técnica del trabajo y en la mecanización durante los años de entreguerras y de posguerra destrozaron o desplazaron a las destrezas artesanales en el proceso de trabajo, cuya inserción en el mismo sustentaba anteriormente el poder organizado del movimiento obrero. Al mismo tiempo, estos mismos avances dotaron a los trabajadores de un nuevo poder: el poder de infligir grandes pérdidas al capital interrumpiendo un proceso de trabajo altamente integrado y mecanizado. Ejerciendo este poder, los trabajadores eran mucho menos dependientes de una organización externa a su puesto de trabajo (como lo eran en general los sindicatos), ya que lo que realmente importaba era la capacidad de explotar las interdependencias y las redes creadas por el capital en el proceso productivo.

Por otro lado, la creciente incorporación al mercado de trabajo de la población trabajadora había mermado los estratos campesinos locales que podían movilizarse eficaz y competitivamente para erosionar el poder político y económico del movimiento obrero. En cuanto a los estratos medios, la extensión y el radicalismo sin precedentes de los movimientos estudiantiles constituían síntomas de la intensa incorporación al mercado laboral de la fuerza de trabajo de estos estratos y de las mayores dificultades para movilizarlos contra el movimiento obrero (este proceso se reflejó en una extensa literatura surgida en los años sesenta sobre la “nueva clase obrera”). De ahí que el problema de las alianzas y de la hegemonía tuviese menos relevancia que en el pasado y que, en consecuencia, fuese menor la dependencia del movimiento obrero de las organizaciones burocráticas permanentes para el éxito de sus luchas.

Como hemos visto, la conclusión que muchos extraen de este análisis es que los movimientos antisistémicos han “fracasado” o, todavía peor, que fueron “cooptados”. El cambio del “Estado capitalista” por el “Estado socialista”, para gran parte de los que piensen en estos términos, no ha tenido los efectos transformadores sobre la historia mundial –la reconstitución de trayectorias de crecimiento- que se había creído que tendría. Y la transición de colonia a Estado, mediante revolución o negociación no sólo ha carecido de efectos sobre la historia mundial, sino que también, en la mayoría de los casos, no ha afectado a la distribución interna de las cotas de bienestar, lo cual era realmente un aspecto importante en los programas de estos movimientos. La socialdemocracia no ha tenido un éxito mucho mayor. En todos los casos, su ocupación del poder del Estado resultó ser una mera presencia mediadora: una presencia constreñida por los procesos de acumulación a escala mundial y por la doble exigencia que se impone a los gobiernos: enterrar a los muertos y cuidar de los heridos, sean estos individuos o propiedades. Para la desazón de unos y la tranquilidad de otros, el único esfuerzo coordinado de la revolución mundial, la Comintern/Cominform, colapsó completamente bajo el peso desintegrador de la formación de Estados en todos los escenarios de sus operaciones: en su centro histórico, en sus posteriores lugares de éxito, en las restantes arenas nacionales en que demostró su fuerza, en puntos donde su presencia fue marginal. Sin excepción, todos los partidos comunistas actuales se hallan preocupados, en primer lugar, por sus condiciones domésticas y tan sólo secundariamente por la revolución mundial, si es que ésta les preocupa en modo alguno.

La radicalización de los sectores

“En 1968-1969 una ola de rebelión sacudió los tres mundos, o grandes partes de ellos, encabezada esencialmente por la nueva fuerza social de los estudiantes, cuyo número se contaba, ahora, por cientos de miles incluso en los países occidentales de tamaño medio, y que pronto, se convertirían en millones.”

Hobsbawm¹

¹ Hobsbawm, Eric, *Historia del Siglo XX*, Barcelona, Crítica, 1995, pág. 442.

En la década de 1960, se asistió en Europa a un crecimiento importante de la educación universitaria que se vio reflejado en la propagación de centros universitarios y en la cantidad de alumnos que ingresaban en las carreras de estudios superiores. La gran expansión capitalista motorizada por el estado de Bienestar permitió que muchísimas familias de clase media y de algunos sectores obreros pudieran también costear los estudios universitarios de sus hijos con el fin de que adquiriesen una titulación prestigiosa para el ascenso social.

Estos grupos de jóvenes universitarios de clase media se convirtieron en focos insurreccionales en contra del orden establecido y en un nuevo sujeto político y social. El mayo francés (1968)² se constituyó, según el análisis de Eric Hobsbawm, más que en una rebelión imbricada en la economía y en la política en una revolución cultural y generacional, que tenía como objetivo principal embestir contra los valores heredados de la tradicional clase media y el poder hegemónico. Sin embargo, la radicalización política de izquierda les permitió encontrar su lugar en la sociedad de la época e impactar con su retórica, manifestaciones públicas, toma de universidades y “graffiti” en otros sectores de la sociedad como el de los obreros, estimulándolos a la movilización y al reclamo. Fue la denominada “protesta de la abundancia”, de los últimos años de expansión del Estado de Bienestar en los países centrales de Occidente. En este sentido, esa revolución cultural tenía también otro tipo de alcances: democratizar las condiciones políticas, económicas y sociales del momento.

¿Cómo impactó esta coyuntura internacional en América latina? La realidad económica, social y política de la región era sustancialmente diferente de la de los países centrales. El intento de imponer una política de desarrollo para América latina de parte de los Estados Unidos estuvo enmarcada en dos puntos: por un lado, contener el impacto de la Revolución Cubana (1959) y por otro, reajustar las

² Se registraron rebeliones estudiantiles también en Italia, los Estados Unidos y Japón. Como parte de un movimiento que tuvo un alcance mundial, las hubo también en el mundo comunista, como en Checoslovaquia Polonia y China. Con una coyuntura diferente, en América latina se destacan: la Matanza de la Plaza de Tlatelolco, en México y el Cordobazo, en la Argentina. En México, el movimiento fue aplastado por la represión gubernamental, convirtiéndose el modo y el monto de represión utilizado en un punto de inflexión del proceso, más que el movimiento en sí mismo. Entre tanto, en la Argentina, si bien también el Cordobazo fue duramente reprimido,

relaciones de dominación que tenían con América latina. En la mayoría de los casos, la situación política de la región estuvo caracterizada por regímenes autoritarios con un apoyo, primero velado y después abierto, de los Estados Unidos a través de la implementación de la Doctrina de Seguridad Nacional luego del fracaso de la Alianza para el Progreso. En América latina, las condiciones de exclusión social y económica eran poderosas y, en ese contexto, las clases medias latinoamericanas no podían conseguir su inserción en el esquema político.

Un número importante de jóvenes de clase media accedió a la universidad en la década de 1960. Si bien las universidades latinoamericanas siempre tuvieron un papel preponderante dentro de la vida política, en esa década adquirieron un cambio cuantitativo y cualitativo relevante. Esta universidad fue el escenario de expansión de la prédica y la acción de una nueva intelectualidad de izquierda.

Desde el momento de la independencia, los intelectuales ocuparon lugares claves en las sociedades latinoamericanas. Estuvieron presentes en la actividad política, a través de la difusión de ideas locales e importadas, en la elaboración de planes de gobierno y en la formación de profesionales en las universidades: “los intelectuales se situaron con frecuencia justo en el intersticio entre América latina y el resto del mundo, y entre un Estado fuerte y una sociedad civil débil.³ Es decir, se convirtieron en portavoces de sectores de la sociedad, acallados por mucho tiempo o sin voz.

Durante las décadas de 1960 y 1970, la intelectualidad de izquierda sostuvo ideas que fueron la constante de su réplica:

1. Nacionalismo e integridad nacional, en el marco de la descolonización, la formación del Tercer Mundo y el dependentismo o antiimperialismo⁴

consiguió desestabilizar la dictadura militar de Onganía, constituyéndose el movimiento mismo en un punto de inflexión paradigmático.

³ Castañeda, Jorge, C. *La utopía desarmada: intrigas, dilemas y promesa de la izquierda en América Latina*, Buenos Aires, Ariel, 1993, pág. 199.

⁴ La teoría de la dependencia, elaborada por autores como Fernando Cardoso, Enzo Faletto y André Gunder Frank, sostiene que existe una relación estructural de interdependencia entre los países centrales y los países periféricos que tiene como consecuencia el subdesarrollo y la explotación de la periferia por el centro.

2. Desigualdad y pobreza, la concentración de la riqueza en manos de unos pocos y la pauperización cada vez más acentuada de la mayoría;
3. Democratización y resistencia frente a los regímenes autoritarios, teniendo como baluarte esencial la defensa de los derechos humanos.

La izquierda intelectual latinoamericana, notablemente influenciada por la Revolución Cubana y las propuestas insurreccionales de Ernesto “Che” Guevara, se convirtió en una izquierda revolucionaria. Alejada y crítica del modelo soviético se acercó a las propuestas heterodoxas del maoísmo⁵ ensayando una nueva dinámica que exigía una confrontación permanente de la teoría con la realidad nacional para la acción.

La teoría del foco insurreccional o “foquismo” fue una estrategia de la lucha revolucionaria aplicando las premisas que llevaron al triunfo de la Revolución Cubana: “1) las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el ejército, 2) no siempre hay que esperar que se den todas las condiciones para la revolución; el foco insurreccional puede crearlas, 3) en la América subdesarrollada, el terreno de la lucha armada debe ser fundamentalmente el campo.”⁶

Así lo expresó la formación de guerrillas rurales y urbanas⁷. Sin embargo, la muerte del “Che” Guevara en Bolivia (1969) demostró que la teoría foquista muchas veces contrastaba con la realidad social y política de la región, provocando esto un impulso hacia las guerrillas urbanas que tenían un desarrollo y una dinámica muy distinta de las rurales. Requerían mayor grado de organización y espectacularidad en sus actos, desestabilizando al poder desde el mismo centro

⁵ El aporte de Mao Tsé-tung a la ortodoxia comunista fue la creencia de que era imprescindible atender a la realidad socioeconómica nacional para llevar adelante la revolución. En este sentido, en China, los protagonistas de la revolución y del cambio social serían los campesinos y no los obreros. El maoísmo acusaba también a la Unión Soviética de ejercer el dominio imperialista.

⁶ Feinman, J.P., *La sangre derramada*, Buenos Aires, Ariel, 1998, pág. 58.

⁷ Los cuatro países con conexiones guerrilleras más fuertes fueron: Venezuela, Guatemala, Colombia y Perú. En Colombia: M-19, ELN (Ejército de Liberación Nacional) y en Perú: Sendero Luminoso. También cabe mencionar las formaciones de ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo) y Montoneros en la Argentina, Tupamaros en Uruguay, Marighela en Brasil. En la mayoría de los países latinoamericanos las guerrillas fueron derrotadas. En Guatemala y El Salvador se organizaron posteriormente como partidos políticos y en Nicaragua, el sandinismo alcanzó el poder.

del poder. Esto, a su vez, ocasionaba una violencia mucho mayor y una represión generalizada hacia todo el conjunto de la sociedad civil.

Para que la revolución fuera posible, esa nueva izquierda, que se presentaba a sí misma como la “vanguardia”, debía conectarse con las masas para ser legitimada en esa posición. Para ello utilizaron el legado político y social de los regímenes populistas desarrollados en América Latina en las décadas de 1930 y 1940. Practicaron, entonces, el “entrismo”, es decir, entrar en las bases para concientizarlas y movilizarlas a la acción.

La nueva izquierda que aglutinaba a esos sectores medios también tuvo sus expresiones en el arte: la música⁸, el periodismo⁹, las ciencias sociales¹⁰; en los escritores del llamado “boom latinoamericano”¹¹; en el movimiento de liberación femenina y en la teología de la liberación.

La “Iglesia de los Pobres”¹² se levantaba en América latina para la acción revolucionaria. La premisa de “Cristo Encarnado” en los oprimidos, en los que padecen hambre y dolor fue el sustento ideológico de un grupo importante de teólogos católicos y protestantes, quienes plantearon la necesidad de que el clero latinoamericano asumiera un compromiso social y una actitud crítica ante el orden imperante en el Tercer Mundo.

La nueva dirigencia de los 60, una aproximación

Quise sintetizar hasta aquí lo que considero es el contexto en el que viejas y nuevas dirigencias interactuaron generando cambios que reagruparon a los exponentes de diversas corrientes de pensamientos.

⁸ Chico Buarque, Gilberto Gil, Caetano Veloso, Milton Nascimento, Violeta Parra, Víctor Jara, la Nueva Trova Cubana, entre otros.

⁹ Julio Scherer, Rodolfo Walsh, Eduardo Galeano, Ricardo Flores Magón, Valentín Gómez Farías, entre otros.

¹⁰ Fernando Henrique Cardoso, Celso Furtado, Helio Jaguaribe, Francisco Weffort, entre otros.

¹¹ Gabriel García Márquez, Carlos Fuentes, Octavio Paz, Julio Cortázar, Pablo Neruda, Gabriela Mistral, Miguel Angel Asturias, entre otros.

¹² Así denominó el Papa Juan XXIII, en el año 1962, a la iglesia de los países subdesarrollados. En América latina la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano –Medellín, Colombia, agosto de 1968- retomó esa idea de Juan XXIII y se dispuso a transformarla en acción.

Curamos en la actualidad una época de crisis para las dirigencias, por lo que al volver a la década del 60 encontramos justamente, un período en que la figura del intelectual fue ineludible para vincular política y cultura, ya que implicó una posición en relación con el poder.

La historia intelectual entonces y ahora es particularmente significativa, ya que los intelectuales son el objeto de una delegación de hecho global y tácita, para producir representaciones del mundo social. Es en este sentido que siguiendo a Pierre Bourdieu nos suministra una importante herramienta con la definición de "campo intelectual", como un primer horizonte de los conflictos estéticos y políticos.

Para Bourdieu el campo intelectual, es un espacio social diferenciado, que posee sus propias lógicas y sus sistemas de relaciones internas. El campo intelectual se vincula a la sociedad en su conjunto a partir de un primer modo de organización el que adquieren sentido los productos culturales.

Ese campo constituye un espacio de lucha y competencia en el que cada uno de sus miembros ven restringida la acción individual; en la medida que está inserto en una organización que posee una legalidad particular y propia. La noción de campo permite establecer una sociología de los intelectuales, que puede dar cuenta de las diversas alternativas de cada uno de sus miembros, en función de las coyunturas históricas, políticas, económicas y sociales en las que el campo funciona en cada momento dado.

En mi análisis el recuperar este concepto de campo intelectual fue de gran valor para interpretar los discursos y las posiciones antiintelectuales de una fracción importante de los intelectuales. También la postura de cada frente al contexto de la época, marcando un aspecto que caracterizó a los intelectuales en los años sesenta y setenta que fueron los dilemas que los enfrentaron en nuestro continente y que se transmitió en frases radicalizadas como "patria o muerte", no sólo se proclamaba si no que se actuaba llevando adelante otra frase de la época pensamiento-acción.

Creo muy rico el aporte de Claudia Gilman con su noción de época, como el campo de posibilidad de existencia de un sistema de creencias, de circulación de

discursos y de intervenciones. La etapa sesenta/setenta constituyó una "época" que se caracterizó por la percepción compartida de la transformación inevitable y deseada del invierno de las instituciones, el arte, la cultura, nueva percepción bajo la que se interpretaron acontecimientos verdaderamente inaugurales, como la Revolución Cubana, no sólo para América Latina sino para el mundo entero.

Ahora bien este campo cultural que abría sus puertas para bucear en teorías de grupos a veces disidentes originó también en los sesenta la aparición del antiintelectualismo en América Latina, posición adoptada por la fracción de intelectuales que se autodenominó revolucionaria como resultado de su radicalización ideológica y del crecimiento del valor de la política y sus lógicas de eficacia y de instrumentalidad. El antiintelectualismo fue una de las respuestas del campo intelectual ante el dilema de conciliar las tradiciones del intelectual como criterio de la sociedad y una nueva definición del intelectual revolucionario defensor del Estado cubano y los movimientos guerrilleros. Esto derivó en un enfrentamiento entre intelectuales defensores del ideal crítico e intelectuales defensores del ideal revolucionario.

La Argentina a su vez vivió en la época el surgimiento de una nueva élite intelectual-estatal, ya desde fines de la década del 50, los economistas profesionales, conformaron una verdadera burocracia estatal.

Si bien promediando la década de los 50 la Argentina era el único de los grandes países de América Latina que aún no había adherido a los organismos financieros internacionales, sin embargo las agencias financieras internacionales fueron en la época las encargadas de implementar la profesionalización e internacionalización de la economía en tanto disciplina en América Latina. Los economistas argentinos que llegaban a participar en las discusiones de los organismos internacionales, lograban estar actualizados y lograr importantes contactos personales a través de viajes oficiales.

Durante la Guerra Fría y sobre todo en los primeros años de la Alianza para el Progreso, los EE.UU. se sumó otro circuito, centrado en América Latina. Su foco principal estaba ubicado en Chile, cuya capital Santiago, pasó en 1948 a ser la sede de la recientemente creada Comisión Económica para América Latina

(CEPAL) que dependía de la ONU, transformándose en otro centro de circulación de científicos sociales y, especialmente, de economistas provenientes de diversos países del continente.

Fue durante la presidencia de Frondizi (1958-1962), con el desarrollismo como alternativa reformista y progresista que se crearon organismos que aseguraron el desempeño de una elite técnica estatal poseedora de fluidos contactos internacionales. Las nuevas instituciones del estado desarrollista como el Consejo Nacional de Desarrollo (CONADE) o el Consejo Federal de Inversiones (CFI), difundirán el reclutamiento de miembros de la nueva generación de cerebros, entre los que, en los años 60, se destacaban los que habían pasado por el recientemente creado Instituto Torcuato Di Tella.

El desarrollismo significó una redefinición del papel del Estado, que debía cumplir un papel esencial en la promoción del desarrollo. Basó su accionar en el trabajo interdisciplinario, basado en saberes específicos y especializados. Finalmente el Estado, las ciencias sociales y las industrias modernas se convirtieron en espacios de intereses cruzados.

Por último en esta Síntesis de algunos de los múltiples aspectos de la formación de técnicos del período merece recordarse el papel desempeñado por la CEPAL en la reconfiguración del campo de los economistas, no sólo por la influencia que las ideas originadas allí ejercieron sobre economistas y políticos argentinos sino a través de cursos destinados a la creación de cuerpos de funcionarios técnicos estatales organizados en distintos países de América Latina. Estos cursos formaron líderes, se ofrecía a funcionarios de gobierno con títulos universitarios.

La conjunción se dio también en la realización de programas de investigación con agencias internacionales en las que actuaron expertos extranjeros (sobre todo estadounidenses) vinculados al mundo académico.

A fines de los 50 y principios de los 60 la renovación del campo de los economistas no pasaba sólo por la gestión estatal o la universidad, sino que se fueron constituyendo otros espacios de discusión y producción de conocimiento e ideas.

Podría citar varias instituciones creadas entonces como IDEA (1960) Instituto para el Desarrollo de Ejecutivos Argentino; IDES (1960) Instituto de Desarrollo Económico; pero hay una a la que brevemente referiré, por ser un lugar emblemático como lo fue el Instituto Torcuato Di Tella, nacido en 1958 como una fundación independiente, que pretendía reproducir en la Argentina el modelo de instituciones filantrópicas estadounidenses. Estaba ligada a la industria familiar fundada por el Ingeniero Di Tella, y se proponía ser una institución que intervendría no sólo en el campo de la producción cultural, apoyando la internacionalización de las ciencias sociales.

En un principio el Instituto Torcuato Di Tella consistía en tres secciones bien diferenciadas ubicadas en sedes distintas. Una localizada en la calle Florida, polo de la vanguardia cultural de los 60, se convirtió en centro de arte. La otra sede en Belgrano albergó el Centro de Investigaciones Económicas y una tercera sección destinada a las investigaciones sociales. Fue precisamente el CIE el que reclutó a brillantes economistas becarios en el exterior, que luego integrarían las élites estatales.

Con su amplio espectro de difusión de las ciencias sociales internacionalizadas el Instituto Torcuato Di Tella significó un nuevo ámbito para albergar cualquier proyecto internacional que involucrara instituciones de América Latina, hasta la creación a principios de los 90 de la Universidad Torcuato Di Tella, en la que se verificó una interesante diferencia. Mientras que el Instituto Torcuato Di Tella permitió la circulación, en la formación de expertos, de dos circuitos el estadounidense y el más propiamente latinoamericano encarnado en la CEPAL. La Universidad Di Tella parece estar centrada en el espacio hegemónico definido por un conjunto de ideas e instituciones de los EE.UU.

A modo de reflexión final

En realidad he elaborado este trabajo como un espacio cruzado por una serie de ideas, procesos que transcurrieron durante los 60, y que marcaron el inicio de una revisión en profundidad de fuentes de muy diferente tipo "la época",

concepto que quiero seguir profundizando, que utiliza Claudia Gilman y que nos ofrece el escenario del campo intelectual de los 60, pudiendo entonces encarar su estudio multifacético apelando a la interdisciplinariedad.

Mi interés en revisar como se formó la dirigencia de entonces me llevó a reflexionar, sobre lo que volveré, acerca del intelectual de entonces. Creo que en este caso texto y contexto no sólo interactúan si no que además nos muestra el friso de un nuevo campo cultural en el que cada uno de los participantes aportaba a la concientización y a la participación de la comunidad.

Este es un primer informe que es un organizador de los caminos que de ahora en más tendré que emprender. Mi interés y lo estoy ya encarando, tomar un organismo creado en 1967, como Programa, Municipalidad, BID, y que fue la Comisión Municipal de la vivienda de Buenos Aires. Allí confluyeron expertos argentinos formados en el exterior con técnicos salidos de la Universidad de Buenos Aires. El organismo tuvo un claro sentido de trabajo comunitario, gerenciado a través de acuerdos con organismos como Fil Argentina o el CFI, así como la relación para el desarrollo de las comunidades con los programas de las Naciones Unidas.

Fue creo uno de los organismos oficiales en el que los jóvenes formados para integrar las burocracias oficiales, representaron muy claramente los dilemas entre el técnico y el contestatario antiintelectualista sobre todo hacia el final de su esplendor hacia 1974.

Quiero finalmente reiterar que este informe de avance de esta investigación significa para mí empezar a organizar las prácticas para iniciar el largo camino hacia el análisis y la integración que espero me permitirá, algunas hipótesis aún apriorísticas.

Bibliografía Consultada

Altamirano, Carlos (2001): "Bajo el signo de las masas 1943-1973". Bs. As. Ariel.

Gilman, Claudia (2003): "Entre la pluma y el fusil". Bs. As. Siglo XXI editores.

Giunta, Andrea (2001): "Vanguardia, internacionalismo y política". Bs. As. Paidós.

Halperín Donghi, Tulio (1964): "Argentina en el callejón". Montevideo/Arca.

Halperín Donghi, Tulio (1987): "El Espejo de la Historia". Bs. As. Sudamericana.

Halperín Donghi, Tulio (1962): "Historia de la Universidad de Bs. As.". EUDEBA.

Longoni, Ana y Mestman, Mariano (2000): "Del Di Tella a Tucumán arde". Bs. As. El Cielo por asalto.

Neiburg, Federico (1998): "Los intelectuales y la invención del peronismo". Bs. As. Alianza.

Neiburg, Federico; Plotkim, Mariano (comp.)(2004): "Intelectuales y Expertos. La construcción del conocimiento social en la Argentina". Bs. As. Paidós.

Pujol, Sergio(2001): "Los años rebeldes". Bs. As. Emecé. Editores.

Reck, David (1993): "La Argentina autoritaria. Los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública". Bs. As. Ariel.

Sábato, Jorge (1988): "La Clase Dominante en la Argentina Moderna". Bs. As. CEAL - LISEA.

Sarlo, Beatriz (2001): "La batalla de las ideas 1943-1973". Bs. As. Ariel.

Sartre, Jean Paul (2001): "Qué es la literatura" (1958). Bs. As. Losada.

Sigal, Silvia (2002): "Intelectuales y poder en la Argentina. La década del sesenta. Bs. As. Siglo XXI editores.

Suasmábar, Claudio (2004): "Universidad e intelectuales. Educación y política en la Argentina (1955-1976)". Bs. As. Manantial.

Terán, Oscar (1993): "Nuestros años sesenta. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina 1956-1966". Bs. As. El Cielo por Asalto.

Revistas consultadas para el período 1955-1966

Contorno

El Descamisado

El Escarabajo de Oro

Qué

Pasado y Presente